

Guerra con Walker ⁽¹⁾

La invasión y dominación de los filibusteros en Nicaragua forman un episodio que más se liga a la historia general de Centro América que a la especial de aquella República. Este acontecimiento venía a comprometer la nacionalidad de toda esa gran sección de América, y sus resultados tendían a afectar sus más íntimos intereses; porque dominado que hubiese el filibusterismo a una de esas Repúblicas no habría tardado en enseñorearse sobre las otras. Justamente alarmadas concentraron sus fuerzas y concurrieron simultáneamente a oponer un dique al torrente que amenazaba inundarlas. Sin embargo, a Costa Rica se debe el mérito de haber dado la voz de alarma, de haber iniciado y sostenido con gloria la cruzada de exterminio de los invasores del suelo centroamericano, y a todas ellas nobles y penosos sacrificios. Refiramos los hechos rápidamente.

En la parte relativa a Nicaragua apuntamos que el partido que quedó derrotado en la elección presidencial de Chamorro, en armas entonces contra el gobierno de éste, le opugnaba en Granada donde se había concentrado; y que no pudiendo ya sostenerse ni menos avanzar en su oposición, acordaban sus jefes retirarse de aquella plaza y buscar por otro camino los medios de hacer triunfar su causa. Los encontraron en las fuerzas que, primero en California y en seguida en los Estados del Atlántico de los Estados Unidos, les trajo el conocido aventurero Guillermo Walker.

Walker era el auxiliar que les convenía. Hombre de espíritu inquieto, había recorrido varias situaciones de la vida: su cabeza estaba llena de sueños de ambición y de conquistas, excitados por su educación romanesca en Alemania y sus continuos viajes. En Méjico se había dado a conocer por su invasión del departamento de Sonora en que, aprovechando una revolución de sus habitantes, se apoderó del gobierno y quiso establecer uno propio. Mas los mejicanos, temerosos del nuevo jefe, se levantan contra él y le obligan a escaparse de California. Sin embargo, represéntase a Walker como un hombre de conocimientos no comunes, atrevido y constante en las arduas empresas; pero visionario en política, está lejos de ser un genio que sabe imponer su voluntad a un pueblo, reconstruirlo y sostener sus creaciones sociales. Su carrera en Nicaragua lo confirma.

Asegurado Walker por el gobierno provisorio de Castellón, de que él y los soldados que trajese para apoyar su causa serían recompensados con premios y valiosas concesiones de tierras, salió de San Francisco con 70 a 80 individuos, destinados la mayor parte a ser oficiales de las fuerzas que debían obrar a sus órdenes. Tocó primero en Amapala y de allí se dirigió a Realejo. En este puerto recibió los despachos de coronel del ejército demócrata y acordó con el comisionado de Castellón el plan de operaciones. Tomando consigo algunas fuerzas del país, hizo rumbo hacia la rada de Britos, que se halla algunos cuantos kilómetros al occidente de San Juan del Sur, en la que desembarcó el 27 de julio de 1855.

(1) Francisco S. Astaburuaga, **Repúblicas de Centro América**. Santiago de Chile, 1857.

Los departamentos meridionales de Nicaragua, en que se encuentra aquella rada, se hallaban protegidos por tropas del gobierno legítimo, sobre todo las ciudades de Granada y de Managua en que estaba el cuartel general, y que por su posición era el punto de avanzada contra los revolucionarios estacionados en León. La ciudad de Rivas y toda su comarca tenían sin embargo una débil guarnición. Sobre esta parte, pues, podía obrar con éxito la expedición filibustera. Desde luego se puso en movimiento en esa dirección; sorprendió en su marcha una partida del gobierno que deshizo casi a las inmediaciones de la ciudad. Pero el 29, el comandante de ella don Manuel G. del Bosque, que al aviso de la repentina invasión de los filibusteros había reunido tropas de los pueblos vecinos, empeña con ellos un reñido combate en que les causa algunas pérdidas y logra dispersarlos. Una partida de los fugitivos se internó en Costa Rica, y los demás se retiraron con el jefe a posesionarse del puerto San Juan del Sur. Reforzado allí con tropas que le llegaron de California y algunas que le remitieron desde León, se preparó de nuevo el 1º de setiembre para acometer a Rivas, pero amenazado por una columna del general Guardiola que salió de allí con la intención de estrecharlo en San Juan, hizo un movimiento para esperarlo a las inmediaciones de la bahía de la Virgen en el lago Nicaragua, en donde se traba una refriega entre ambas fuerzas, que no dió con todo ninguna ventaja a las del gobierno. Walker no tuvo tampoco otro partido que tomar que replegarse sobre San Juan.

Los pueblos de Nicaragua se hallaban por ese tiempo afligidos del cólera. Acababa de morir de este mal Castellón, y otros hombres de su partido. En su lugar había entrado don Nazario Escoto, demócrata exaltado. Los partidos a consecuencia de semejantes sucesos, tomaban mayor calor y agitaban el país en todas direcciones. El apoyo de los nuevos auxiliares alentaba la revolución contra el gobierno; habíanse verificado varios encuentros entre las tropas de éste y las revolucionarias, aunque el gobierno había tomado algunos puntos importantes en los departamentos del occidente. Pero este estado de guerra civil, de invasión extranjera y de epidemias, hacían altamente crítica la situación del país. Por otra parte el ascendiente de Walker crecía a medida que engrosaba su fuerza con la afluencia de filibusteros atraídos por el aliciente que el gobierno provisorio les presentaba, esto es, de un peso diario a cada soldado y además un premio de cien pesos y doscientas o más hectáreas de tierras a la terminación de la campaña.

El jefe expedicionario no permanecía entre tanto en la inacción, sino que andaba excogitando los medios de dar un golpe decisivo al gobierno de Estrada. Resolvió entonces trasladarse de San Juan a la bahía de la Virgen, movimiento oportuno porque en esa posición podía ser batido por la división del general don Ponciano Corral, que desde principios de setiembre se hallaba en Rivas reuniendo elementos para caer con buen éxito sobre él; y porque también con ese movimiento se coloca en un punto favorable para poner en ejecución su proyecto de tomar a Granada. Corral que se había situado entre ésta y San Juan, dejaba descubierta la ciudad por el lado del lago, pues no se imaginaba que para atacarla por

allí los vapores de la compañía del tránsito pudiesen facilitar a Walker el transporte por agua; no se había apercibido, como después diremos, de la combinación en que los agentes de esta compañía habían entrado con aquél. En efecto las fuerzas de Walker se embarcan en la Virgen y se ponen en un momento al alcance de la ciudad y la toman por sorpresa el 13 de octubre, sin que la guarnición hubiese tenido tiempo de oponerles resistencia.

Este inesperado suceso obligó al Gobierno a retirarse precipitadamente al pueblo de San Fernando, sobre el cual se concentraron también las fuerzas de Corral. Estrada y Corral se decidieron a atacar a Walker, pero el último desconfió del resultado y quiso aguardar un momento más oportuno, con lo que dió tiempo para que aquél se fortificase y tomase medidas que vinieron a consumar la revolución. Hecho, pues, fuerte en esta ciudad intimó a Corral la rendición de sus tropas y que él y el Presidente Estrada conviniesen en el establecimiento de un nuevo gobierno provisorio. Estrada desde luego se negó a estas proposiciones: pero a esta primera negativa, Walker redujo a estrecha prisión a las personas más notables de la ciudad, a pesar de haber garantido a su entrada en ella su más amplia libertad; y a la segunda respondió con el asesinato que mandó ejecutar en la madrugada del 22 en la persona del Ministro de Estado don Mateo Mayorga y con la intimación de que, si a las ocho de la noche de ese propio día, no se accedía a sus proposiciones, haría fusilar noventa de las personas más principales, aunque para enterar este número tuviese que echar mano de señoras, y sin perjuicio de confiscar sus bienes y de no responder por los desórdenes que su tropa cometiera en la población.

Esta bárbara intimación tuvo doble fuerza en el ánimo del gobierno que vacilaba por la falta de apoyo de los hombres que, en vez de rodearlo, huían de espanto, y no tuvo ya más que ceder. Entonces Estrada autorizó al general Corral para que salvase al país del modo que lo creyese conveniente. Este, que veía inútil toda resistencia, y que no podía aguardar refuerzos de Managua sin exponerla a ser tomada por los leoneses que la opugnaban, no vió más medio que capitular, y en efecto el 23 de octubre firmó con Walker una capitulación a aquel intento. Por ella quedaba acordada la suspensión de armas; se nombraba Presidente provisorio a don Patricio Rivas por el término de 14 meses, debiendo éste nombrar cuatro ministros que fueran vecinos de los departamentos; Walker sería reconocido general en jefe del ejército, y daría la orden de retirarse a las fuerzas que atacaban a Managua; y Corral debía entregar el mando del ejército, y todo su armamento y municiones; a Granada se declaraba capital de la República.

Esta capitulación y la toma de Granada selló la pérdida de Nicaragua. Los que habían tomado parte en su defensa y no consintieron en la dominación de Walker, salieron del país y se refugiaron unos en el suelo hospitalario de Costa Rica, y otros, como Estrada, Guardiola, Martínez, etc., en las otras repúblicas vecinas. Siguióse también una emigración de personas importantes.

Walker, desde ese momento, comenzó a obrar como conquistador. Su primer acto fué imponer a Granada una contribución de ps. 50,000 y después no es-

caseó las exacciones forzosas. No era el Presidente pero hacía que éste, recibido del mando el 30 de octubre, dictase medidas para hacer volver a los emigrados, conminándolos con fuertes multas, y que le revistiese de facultades amplísimas para efectuar los arreglos que exigía el país bajo el nuevo régimen. Rivas, además, le autorizó para que nombrase quien le subrogase en el caso de imposibilitarse como Presidente.

Con tamañas facultades y dueño de la fuerza, todo lo había avasallado. El descontento que producían sus actos arbitrarios, lo trataba Walker de acallar con el terror. El general Corral que ya había sido nombrado Ministro de la Guerra, comenzó a mirar en aquél un dominador peligroso y se sintió arrastrado a participar sus temores a sus amigos que se encontraban entre los emigrados. Walker interceptó una de sus cartas en que expresaba su ansiedad por la suerte futura de su país, y con ella le envuelve en una causa de conspiración. En su calidad de Comandante general de armas acusa el 5 de noviembre al Ministro de la Guerra, nombra un consejo de siete oficiales angloamericanos todos, y ante ese consejo, guiado por procedimientos de leyes extranjeras y desconocidas en el país, se presenta él como acusador y testigo, le hace condenar a muerte, y manda también él mismo ejecutar la sentencia. A las dos de la tarde del 8 del mismo mes fué fusilado este valiente general en la plaza de Granada, en medio de la consternación de todo un pueblo.

Este horrible asesinato sublevó todos los sentimientos de este país y de los vecinos; y dió a conocer que Walker no se pararía en medios para hacer a un lado cuanto pudiera contrariar sus planes.

Por ese tiempo contaba Walker con gran número de auxiliares de sus propios paisanos. No temía que los naturales se le alejasen; tenía ya un apoyo fuerte en aquéllos: Los vapores de la compañía del tránsito le traían centenares de hombres dispuestos a todo.

Llegaban alucinados con el porvenir que se les esperaba en una tierra de tan fácil conquista y con las promesas que les habían hecho los agentes de Walker en Nueva Orleáns, Nueva York y California, en donde se popularizaba por todos los medios posibles su causa y se representaban los países invadidos como una tierra de promisión. Pero esta gente estaba muy distante de pertenecer a la masa sensata de los Estados Unidos; era la escoria, el sargazo que el oleaje de la sociedad arroja constantemente sobre las playas de esa nación y que tanto baldón ha estado echando sobre su buen nombre con ese furor de filibusterismo que lo agita: era sí, de la clase que describía el Heraldo de Nueva York del 7 de noviembre de 1855 en éstos términos: "Gracias al coronel Walker nos veremos pronto libres de gran número de gente ociosa e inútil. Cerca de dos años hace que las esquinas de las calles principales de Nueva York y las aceras de los edificios públicos de veían invadidas por enjambres de vagabundos y holgazanes de todos los puntos de la Unión: perniciosa muchedumbre que se compone de Presidentes de bancos quebrados, generales en perspectiva y sacerdotes degradados, clase toda ella que en su misma fisonomía revela el mayor horror al honroso trabajo. Gente sin noble ambición, sin energía, sin industria ni nada bueno, ella infesta las es-

quinas aguardando, como hambrientos bullangueros, a que estalle una revolución o un incendio para ejercer su rapiñas Ahora, pues, tenemos esperanza de descanso. El acierto de Walker en Nicaragua ha preocupado la atención de esos doc-
tos revoltosos y muchos de ellos se le van a reunir”

Walker seguía también una política que se atraía a todos los aventureros de los Estados Unidos y halagaba la vanidad de ese pueblo. Hacía entender que su propósito era establecer en Nicaragua un gobierno firme y liberal, basado en la ley y el respeto al orden, y sustituir en esos pueblos la influencia angloamericana desprestigiada por el partido británico, según su decir, y que sus esfuerzos se dirigían a civilizar y *americanizar* a estos degradados países. Tampoco perdía tiempo, desde que afirmó su dominación, en mover, por el resorte de sus admiradores, al gobierno de los Estados Unidos a apoyar su causa. El Ministro angloamericano Wheeler llegó a abrazar el partido de Walker con tal calor que olvidó sus deberes como diplomático y se convirtió en agente de aquél para popularizar y justificar su dominación; y tal llegó a ser la indiscreción de este empleado público, que su propio gobierno no pudo menos de decirle que aunque no ponía en duda, que en la ingerencia tomada en las cuestiones de Nicaragua había obrado en virtud de las más justas razones, “sin embargo, su conducta no fué la que le prescribía su deber como representante de un gobierno extranjero”.

La toma de Granada y los asesinatos de Mayorga y Corral, seguidos después de otros, y la preponderancia del elemento filibustero que se advertía en Nicaragua, alarmaron seriamente a los demás gobiernos de Centro América: comenzaron a comprender el inminente peligro en que se hallaba su propia nacionalidad. Costa Rica ya había tenido esa previsión desde la entrada que en su territorio hicieron los primeros invasores, cuando se dispersaron en el encuentro tenido con el comandante Bosque. Las licencias a que estos fugitivos se entregaron en las aldeas indefensas de esta República, hicieron sospechar de lo que eran capaces. No tardaron en consecuencia en decidirse.

Walker, que después de la capitulación del 23 de octubre creía establecido ya el gobierno Rivas-Walker, hizo que se despachase a los Estados Unidos a uno de sus secuaces, Parker H. French, en calidad de enviado para gestionar su reconocimiento; mas el Gabinete de Washington, por un sentimiento de dignidad, rechazó al enviado, contestando el 21 de diciembre que “no encontraba todavía motivos suficientes para establecer comunicaciones diplomáticas con las personas que en ese momento pretendían ejercer el poder político en Nicaragua; que los que principalmente han contribuido a suspender o derribar el gobierno precedente de aquel Estado, no eran sus ciudadanos, etc.”

Esta contrariedad irritó a Walker, y de allí procedió el decreto de 22 de enero de 1856 en que por vía de represalias disponía suspender toda comunicación oficial con el ministro angloamericano en Nicaragua. Dirigióse entonces una circular a los gobiernos de Centro América, participándoseles el nuevo orden establecido desde el 23 de octubre, y otra en que se les invitaba a promover una unión entre todos y a nombrar y recibir a ese efecto comisionados. Este paso tenía otro fin oculto, y era sondear las disposiciones en que esos gobiernos se en-

contraban respecto al cambio obrado en los asuntos políticos de aquel gobierno. Walker creyó llegado el momento de obrar; y luego dirigió sus miras sobre Costa Rica, que se manifestaba la más decidida a resistir la dominación extraña en Centro América. Principió por acreditar cerca de su gobierno a un refugiado húngaro llamado Schlessinger, como comisionado especial, “para recabar de aquel Gabinete una franca explicación sobre la política que había estado observando con respecto al actual Gobierno de Nicaragua”. Pero Costa Rica persistió en no contestar las comunicaciones de este gobierno y se negó a reconocer al enviado, que se retiró protestando y amenazando con la guerra y el resentimiento de Walker.

Costa Rica recogió con bizarría el guante que se le arrojaba; aceptó la guerra en que era preciso entrar para defender su existencia amenazada, desde que Walker, a fin de llevar adelante su plan de dominación de Centro América, necesitaba poner a este pueblo fuera de combate y proteger su retaguardia en su marcha de invasión sobre los otros del occidente. Colocada en esta situación y autorizado el Presidente don Juan Rafael Mora el 27 de febrero para llevar las armas de la República a Nicaragua con el objeto de contribuir a libertarla de la ominosa opresión de los filibusteros y de arrojarlos del suelo centroamericano, no tardó en organizar las fuerzas suficientes para abrir la campaña. Pueblo pacífico por carácter, se le vió en un momento animado por la chispa eléctrica del patriotismo, aprestarse a la pelea, formarse por sí mismo su equipaje y provisiones de guerra y marchar animoso a vindicar su nacionalidad conculcada por inmorales invasores. El 8 de marzo el mismo Presidente, después de entregar el mando de la República al Vicepresidente don Francisco María Oreamuno, se pone a la cabeza del ejército expedicionario y en pocos días se encontró en Bagaces a la extremidad del golfo de Nicoya, pronto ya para atravesar la frontera de Nicaragua.

Instruido Walker de los movimientos de Costa Rica, hizo avanzar una división de 500 filibusteros al mando del mismo Schlessinger, suponiendo en la pobre opinión que tenía del ejército costarricense, que esa fuerza era suficiente para derrotarlo. El 20 de marzo esta división encontró en un lugar de la provincia de Moravia, llamado Santa Rosa, a la vanguardia de aquel ejército y empenó con ella una acción, que después de algunas horas de un fuego sostenido por una y otra parte, se decidió en favor de los costarricenses. Los filibusteros dejaron en el campo gran número de armas, muertos y heridos. En la persecución de los fugitivos se tomaron algunos prisioneros, que un consejo de guerra condenó a ser fusilados como invasores a mano armada que no pertenecían a la fuerza pública de ninguna nación. El Jefe Schlessinger llegó con unos pocos hombres a Rivas, donde su derrota esparció una alarma y desaliento tal, que Walker tuvo que tomar medidas enérgicas para restablecer la confianza entre sus tropas y partidarios. El rigor de ellas lo experimentó aquel jefe filibustero, que por más de un acto cobarde y cruel, se había hecho ya merecedor del último suplicio. La victoria de Santa Rosa fué para el ejército de Costa Rica un ensayo brillante que le infundió nuevo aliento y entusiasmo, y le probaba que los enemigos que tenía que combatir no eran invencibles, como Walker en su relación, hacía entender a los pueblos centroamericanos.

Al mismo tiempo que esto pasaba hacia las fronteras de Costa Rica, en la parte occidental de Nicaragua comenzaba a efectuarse una reacción desfavorable para la causa del caudillo filibustero. Algunos generales que se habían unido a Walker mientras sostenía el partido que encabezó Castellón, se pronunciaban abiertamente contra su dominación, y se ponían en combinación con los jefes de las fuerzas que el Salvador, Honduras y Guatemala avanzaban por aquella parte sobre Nicaragua. Para alentar a sus secuaces y reunirlos en presencia del peligro común, Walker dirigía desde Granada una proclama en que, después de insinuar que sus esfuerzos habían sido perdidos para conciliar el partido demócrata con el legitimista y para que los Gobiernos de Centro América entrasen en francas y amistosas relaciones con el provisional de Nicaragua, a pesar de diferir de ellos en ideas y principios, decía, que “en tal estado de cosas no quedaba a los americanos de Nicaragua más arbitrio que tratar con hostilidad a todos los serviles de la América Central”. Esto, pues, no era más que responder con el mismo grito de guerra que esas repúblicas y sus antiguos partidarios nicaragüenses le habían lanzado.

El ejército costarricense, que con los refuerzos sacados de Moravia constaba cerca de 3,000 hombres, continuó su marcha ocho días después de la acción de Santa Rosa, con dirección a Sapoá, adonde el Presidente Mora se había adelantado con el Estado Mayor para combinar el plan de su entrada en Nicaragua. Walker tenía su cuartel general en Rivas con el grueso de los filibusteros, y había guarnecido con tropas nicaragüenses las avenidas de San Juan del Sur y la Virgen; pero al aproximarse aquel ejército que entraba en el territorio de Nicaragua lleno de entusiasmo y que dominaba las inmediaciones de Rivas, se embarcó en la Virgen en los vapores de la compañía del tránsito y se retiró por el lago de Granada. El 7 de abril dos columnas de 300 hombres cada una desalojaron las guarniciones de Walker en la Virgen y San Juan y el resto del ejército ocupó al día siguiente la ciudad de Rivas, donde fueron recibidos por los vecinos con muestras del mayor contento. Walker, sin embargo, no le dió tiempo para que se posesionase militarmente de la plaza, y vino a atacarlo a la cabeza de 1,200 hombres. Trasladado a las inmediaciones de la ciudad en los mismos vapores que antes le habían servido para retirarse a Granada, penetró en ella sin ser sentido por los espesos platanares y cacaotales que la rodean. El asalto principió a las ocho de la mañana del 11 de abril y fué seguido por una recia refriega dentro de las mismas calles de Rivas, que duró hasta las cuatro de la madrugada del siguiente. Los filibusteros lograron apoderarse de la plaza principal y de las torres de la iglesia, desde las que hacían fuego vivísimo sobre el cuartel general distante solamente dos cuadras de aquélla. La resistencia fué heroica, animados los costarricenses por el arrojo de sus oficiales y la presencia de ánimo de su General en Jefe, el Presidente Mora, que conservó su puesto en medio de los mayores peligros. Estrechados al fin los enemigos, por los refuerzos que trajeron los comandantes Alfaro Ruiz y Escalante de la Virgen y el coronel don Salvador Mora de San Juan, y rodeados de las llamas que devoraban los edificios inmediatos a sus

posiciones, se retiraron en precipitada fuga, dejando en el sitio gran número de rifles, pistolas giratorias, espadas y 50 bestias ensilladas. Esta victoria fué completa. La pérdida de los costarricenses alcanzó sin embargo a 120 hombres y oficiales; y la de los filibusteros no bajó de 200. De los que se habían parapetado en el recinto del templo no escapó ninguno, aunque procuraban huir disfrazados con los ornamentos sacerdotales y vestidos de los santos.

Walker llegó a Granada con menos de la mitad de la gente que había sacado, y trató de ocultar su derrota con repiques de campanas y salvas, e imponiendo crueles castigos aún a las mujeres que hacían circular la verdad de este gran desmán para su causa. Atrincheróse en esta ciudad para esperar los refuerzos de filibusteros de que tuvo noticia venían subiendo por el San Juan a incorporarsele.

El Presidente Mora se ocupó en fortificar a Rivas y reforzar las guarniciones de la Virgen y San Juan del Sur, por cuyo puerto esperaba nuevas fuerzas de Puntarenas. Tomadas estas posiciones, dominaba toda la parte oriental de Nicaragua entre el Pacífico y el gran lago y cortaba la comunicación del tránsito, suspendida ya por orden general. Su plan era, en recibiendo aquellas tropas, presentarse delante de Granada y atacar al filibustero sin pérdida de tiempo en sus mismas trincheras. Favorecían su pensamiento los anuncios que recibió de que al occidente se hallaban sobre la frontera, las divisiones auxiliadoras del Salvador y Honduras al mando de los generales Belloso y Xatruch; y de que el general Martínez se aproximaba también a Granada por el norte, estacionado a la sazón en el istmo de los dos lagos sobre la ribera derecha del Panaloya. Mas cuando los costarricenses, reforzados ya por las fuerzas que esperaban, se disponían para marchar sobre Granada seguros de un triunfo decisivo, el cólera estalla furiosamente en Rivas y comienza a cebarse en el ejército. En tamaño conflicto no quedó otra alternativa que evacuar la plaza y acelerar la vuelta al suelo no infecto todavía de Costa Rica.

La ciudad de Granada y sus inmediaciones se hallaban también inficionadas de esa espantosa epidemia. Diezmaba asimismo el ejército de Walker, pero se reponía por la corriente de filibusteros que le traían los vapores que habían sido y eran aún los auxiliares más eficaces del filibusterismo. No será, pues, una digresión decir dos palabras sobre ellos.

En 1849 el gobierno de Nicaragua cedió por medio del general don José Trinidad Muñoz a una compañía angloamericana, de que aparecía jefe director el señor C. Vanderbilt, el privilegio de establecer una vía de comunicación por el territorio para transitar entre los puertos del Atlántico de los Estados Unidos y los de la misma nación en el Pacífico: la concesión se hizo por diez años bajo ciertas condiciones. Pero como se presentaran algunas dificultades para llevarlas a efecto, se modificó el contrato y quedó reducido a establecer el tránsito simplemente desde el puerto de San Juan del Norte hasta la bahía de la Virgen, por el río San Juan y el lago de Nicaragua. La compañía abonaba al gobierno un peso por cada pasajero y se comprometía además a darle el 10 por 100 del producto neto que resultare de esta especulación. Nicaragua cedía a la empresa ciertas

porciones de terreno en las márgenes del río y del lago que ésta designase, en el concepto que aquélla se creía con títulos a todos los puntos bañados por uno y otro.

Vanderbilt siguió pagando el peso expresado, pero excusaba el enterero del 10 por 100, a pretexto de no haberse hecho todavía la liquidación. Los apuros en que puso al gobierno de Chamorro la guerra civil, hicieron que se le llamase a transacción, ofreciéndole el gobierno concederle una gran rebaja de los ps. 250,000, a que por un cálculo prudente se suponía subir hasta esa época la deuda. Sin embargo, no se arribó a nada; porque Vanderbilt esperaba aún sacar más ventajas de la situación del gobierno, y en todo caso se reservaba para entenderse con el otro partido, cuyo triunfo preveía y del que se prometía arreglos más favorables, no sólo en este particular, sino en lo que más importaba a la compañía, que era la prolongación del término del contrato. A la llegada de Walker, los agentes de la compañía vieron la ocasión segura de alcanzar sus pretensiones; las influencias angloamericanas debían serles favorables. No tardaron en ponerse en relación con aquel caudillo. Desde luego le facilitaron los vapores que tenían en el lago, de que se sirvió como se ha visto, para sorprender y tomar a Granada:

Afirmado Walker en Nicaragua, parece que se negaba a apoyar las pretensiones de la compañía; y Vanderbilt viéndose burlado por esta parte se indispone con él. Walker hace que se promueva la cuestión sobre el abono del 10 por 100, y que se exija de la compañía el pago total de la deuda. Las dificultades que por ésta se oponían, provocaron el decreto del 19 de febrero de 1856, que anulaba el contrato de privilegio; fundándose en que dicha compañía había violado sus estipulaciones y en que conspiraba contra el país con los enemigos del gobierno; en consecuencia se ordenó embarcar sus vapores, establecimientos y demás efectos que le pertenecían. Diez días después se concedió el mismo privilegio por el término de veinticinco años a la casa de Morgan y Garrison de Nueva York, con todos los materiales embargados y bajo las mismas condiciones. Esta compañía afecta a Walker y por su propio interés, continuó suministrándole auxilio de hombres, armas, etc., hasta que a su vez fué anulada, y confiscados sus vapores por Costa Rica.

Ya se ha visto la actitud imponente con que se presentaban las fuerzas combinadas de las otras repúblicas en la frontera occidental de Nicaragua. Su influencia se había hecho sentir en los pueblos de aquellos departamentos, y hacía fermentar de un modo alarmante el descontento público. El partido demócrata que exigía por que se pusiera término a la dictadura de Walker que él mismo había entronizado, contribuía también a violentar la situación del país. Para calmar la agitación, Rivas y sus Ministros se habían trasladado a León desde fines de marzo. Separado de la opresora influencia de Walker, se decidieron a convocar un congreso y a proceder a la elección del Director o Presidente de la República.

Estas medidas parece que no fueron del sabor de Walker. No se le ocultó a su natural previsión, que Rivas obrando por sí tendería a inclinarse por el partido que fomentaba contra él una reacción, más bien que a continuar la marcha

que había impuesto al país. Incontinenti salió de Granada y se dirigió a León, acompañado de una escolta respetable, resuelto a apoderarse de la persona del Presidente y sus Ministros, y a investir el poder supremo. Más éstos lograron ocultarse a tiempo, escapando así de la suerte de Corral. Trasladados a Chinandega el 12 de junio, dirigen dos días después una circular a los gobiernos de Centro América al intento de manifestarles, que estaban resueltos a identificar sus esfuerzos con los de todos los centroamericanos para defender la causa común, y que confiaban en su asistencia y auxilio para el exterminio de los usurpadores. Los inducían a hacer esta manifestación los acontecimientos que habían demostrado últimamente la perfidia y la maldad con que atentaban Walker y los suyos contra los intereses nacionales. Reconocido Rivas como presidente provisorio por esos gobiernos, declara a Walker usurpador de Nicaragua, destituido de sus empleos y enemigos de la República con nota de traidor.

La liga se hizo general desde ese momento contra Walker. Pero el procaz aventurero no se intimida, y desde Granada expide un decreto el 20 del mismo mes, destituyendo a su vez a don Patricio Rivas, y nombrando, mientras se practicaban elecciones al efecto, a don Fermín Ferrer presidente provisorio. Verificadas el 10 de julio esas elecciones, que no podían tener lugar más que en los departamentos de Granada, Rivas y Managua, sujetos a sus fuerzas, pues los de León, Chinandega, Segovia y Matagalpa se habían sustraído a su poder, dieron por resultado, como era de esperarse, una mayoría de votos a favor del *general don Guillermo Walker* que se declaró *Presidente de la República de Nicaragua*.

Revestido de este nuevo carácter quiso ya proceder como soberano absoluto. El 16 decreta la confiscación de todas las propiedades de los nicaragüenses que hubiesen tomado armas contra él; y no tarda en restablecer la esclavitud, derogando un principio de la constitución política. El 3 de agosto comete otro atentado haciendo fusilar como traidor a don Mariano Salazar apresado en la bahía de Conchagua, y uno de los que lo trajeron al país, y el que hizo más fuertes desembolsos por servirlo; entonces se le había separado. Lo propio hace con otros con la mayor sangre fría.

Las fuerzas aliadas habían penetrado en Nicaragua. El general Belloso, jefe a la sazón de sus fuerzas, había por entonces ocupado a León. En octubre avanza hasta Managua y obliga a Walker, después de varios reencuentros cerca de Nindirí y Masaya, a reconcentrarse en Granada. Costa Rica por su parte, libre del cólera que introdujo con su ejército, aprestaba también una segunda expedición. En efecto, pasado lo más recio de la estación, se puso aquélla en marcha el 2 de noviembre al mando del general don José María Cañas. En pocos días esta división se posesionó de San Juan del Sur y en seguida se colocó entre este puerto y la Virgen, a fin de cortar al enemigo la comunicación de uno a otro punto. Algunas fuerzas de Walker vinieron a disputarle esta posición, pero no obtuvieron resultado alguno. Sin embargo el 13 de este mes se replegó sobre Rivas y reunida allí a la del general Jerez, se pusieron en comunicación con el grueso del ejército combinado, que se preparaba a caer sobre Granada.

Walker se hallaba en esta ciudad reponiéndose del mal resultado del asalto que intentó contra Masaya, ciudad a unos 20 kilómetros al oeste de aquélla. Más estrechado allí, resolvió abandonar esta plaza, lo que verificó el 22, después de entregarla bárbaramente a las flamas. Auxiliado de los vapores trasladó a la isla Ometepe los enfermos y parte de su parque, de donde tuvo que retirarlos pronto porque los indios, que la pueblan, asaltaron el hospital y mataron algunos enfermos. Retirado a San Jorge a la orilla del lago y a diez kilómetros de Rivas, no cesó de molestar a los aliados posesionados de Granada y de hacer algunas incursiones ligeras a lo largo del lago. A mediados de diciembre vuelve a ocupar a Rivas.

La facilidad que Walker tenía de trasportarse de un punto a otro por los vapores y de proporcionarse por su medio recursos, le daba una gran ventaja sobre los aliados. Esta superioridad la reconoció el Presidente de Costa Rica, don Juan Raafel Mora, y resolvió arrebatarla. Para este efecto hizo que su hermano el general don José Joaquín, hombre de expectación en todo Centro América, marchase a ocupar varios puntos importantes del río San Juan y a tomar los vapores que servían de transporte a los filibusteros. A principios de diciembre se puso en movimiento esta división y venciendo en su marcha obstáculos inmensos por medio de bosques impenetrables plagados de animales ponzoñosos, detenidos a cada paso por intransitables cenegales y torrentes y expuestos a las lluvias y a un calor abrasador, llegó por fin el 14 de dicho mes al punto en que se reúne el río San Carlos al San Juan. Desde allí bajan los costarricenses este último río en malas canoas hasta el puerto de San Juan del Norte, donde después de una corta resistencia, se apoderan el 24, de cuatro vapores surtos en la bahía. Suben en seguida con ellos el río, dejando dos en la confluencia del Sarapiquí y prosiguen con los otros a tomarse el Castillo Viejo, de que en otra parte hemos hablado, el cual no resistió al asalto con que lo embistieron el día 28. En posesión de esta llave del tránsito apresaron sin dificultad el vapor *La Virgen*, lleno de armas y pertrechos de guerra. Después de estas proezas de las fuerzas costarricenses no restaba más que ocupar el fuerte San Carlos, situado sobre el ángulo izquierdo, formado por las riberas del lago y del río San Juan su salida de éste, para dominar enteramente uno y otro. El general Mora llevó a cabo con el mismo acierto esta empresa. Desde ese momento se puso en comunicación con los aliados que ocupaban a Granada y puso en un completo aislamiento a Walker. Obrando los aliados por tierra y agua, el exterminio de los filibusteros era seguro. Sin embargo se retardó todavía.

La situación se hacía entretanto más crítica para Walker. Las proclamas del Presidente Mora, que se logró introducir en el cuartel general de aquel caudillo y en que se prometía salvoconducto y pasaje a los filibusteros que abandonasen las armas, contribuyeron eficazmente a favorecer la desertión. Las enfermedades y la escasez de víveres que sufrían éstos, venían asimismo a disminuir la fuerza de que podían disponer. Con todo, resistió en Rivas a varios ataques que se le hicieron por tierra y por el lago, y que continuaron repitiéndose hasta el 23 de febrero del presente año.

Por ese tiempo tienen lugar en el río San Juan otros sucesos. Algunas partidas de filibusteros, dirigidas por un tal Lockeridge y por Scott, agente en el puerto de San Juan del Norte de la compañía del tránsito, trataron de recobrar los vapores apresados por el general Mora y de abrir de nuevo la comunicación del río y del lago. Aunque lograron tomar el punto llamado La Trinidad, sobre la confluencia del Sarapiquí, no pudieron pasar ni tomarse el Castillo Viejo que asaltaron el 16 de febrero: tuvieron que retroceder con graves pérdidas a la resistencia opuesta por la guarnición costarricense, que oportunamente fué auxiliada por la que guarnecía el fuerte de San Carlos.

No obstante las favorables circunstancias de los centroamericanos por este tiempo, las operaciones de la campaña procedían con lentitud y no sin desacuerdos y falta de armonía entre los jefes. Para dar a aquéllas unidad de acción y actividad, los respectivos gobiernos de las fuerzas aliadas convinieron nombrar un jefe que dirigiese los movimientos. La elección recayó en el general don José Joaquín Mora, a quien se revistió de amplias facultades como lo requería la actualidad. Recibido del mando en jefe el 19 de marzo, dió la orden de estrechar la plaza de Rivas, y el 22 se rompieron los fuegos. Walker tenía en ella de 900 a 1000 hombres, y hacía extraordinarios esfuerzos por conservar su posesión, ya ejecutando salidas, ya incendiando los arrabales que no podía defender. Mientras tanto, la deserción disminuía su gente, y la población de la ciudad huía con espanto de los estragos de las balas y de las escenas de carnicería. Después de varios ataques más o menos reñidos, se empenó uno general al amanecer del 11 de abril. El ruido del cañón y de la fusilería resonaba por todos los ángulos de Rivas y el humo de las descargas y de los incendios parecía ocultar todos los edificios. Los sitiadores tomaron un arrabal que les dió una posición ventajosa y allí se entregó un número crecido de filibusteros. La guarnición de la plaza se había reducido, a poco más de 400 hombres, siendo los únicos que en ella quedaban, porque a las mujeres y niños se les había permitido salir: los víveres también se habían agotado. Los fuegos duraron hasta el 30, en que se presentó en el campamento el comandante del buque angloamericano que, estacionado en San Juan del Sur, parecía observar el giro que tomarían los sucesos, y solicitó una entrevista con el general en jefe. Expresaba su vivo interés por evitar mayor efusión de sangre, y proponía la suspensión de las hostilidades, prometiendo la entrega de la plaza y todos sus elementos de guerra, siempre que se diese garantías de seguridad para la persona de Walker y se permitiese a sus oficiales retirarse libremente a su país. El general Mora aceptó estas proposiciones, que terminaban con honor de las armas centroamericanas una lucha deplorable y que alejaban del suelo de Centro América a los que habían sido causa de tantos males en Nicaragua. En consecuencia el comandante Davis sacó el 1º de mayo a Walker y algunos de sus oficiales y los trasportó en la corbeta a Panamá, desde donde se dirigieron a Nueva Orleáns. El ejército aliado ocupó al mismo tiempo a Rivas; y su guarnición se entregó al general Mora en número de 400. Todos fueron trasladados a Puntarenas y de allí se enviaron a los Estados Unidos por cuenta del gobierno de Costa Rica, en conformidad de la promesa que el presidente de esta República les había hecho.

Así concluyó esta guerra, que la opinión de las naciones no ha vacilado en calificar de inicua e inmoral por parte de sus promovedores. Los filibusteros no contaban ya con elementos para resistir por más tiempo. Faltos de municiones, desalentados por el cansancio, las heridas y el hambre, su entrega era inevitable. Habían visto perecer a centenares de sus compañeros, sacrificados unos a las eventualidades de una dura campaña, y otros al rigor del dardo envenenado de las epidemias, y todos por cierto a la monomanía de ese visionario de dominación y conquistas, que no deja en recompensa a sus ilusos secuaces más que tristes realidades. Se calcula en más de 10,000 los aventureros que durante esa guerra invadieron a Nicaragua.

La Muerte de Walker ⁽¹⁾

(Traducido del inglés)

Walker se encontró prisionero en el mismo fuerte que abandonara quince días antes. El cuarto que había convertido en almacén de guerra era ahora su calabozo. Allí estuvo durante seis días. Tan pronto como fué encarcelado hizo llamar a un sacerdote y le dijo que deseaba prepararse para morir. Manifestó un afecto, insólito en él, por sus compañeros, pidiendo que no les hiciesen daño; declaró que ellos nada sabían de su súbita resolución de llegar a Nicaragua por la vía de Trujillo y que él era el único culpable (2). El 11 de septiembre (3) le dijeron que debía morir a la mañana siguiente, noticia que recibió sin dar señales de emoción. A las ocho de la mañana del día señalado, un destacamento de soldados lo escoltó desde la cárcel hasta el lugar de la ejecución. Acompañado por dos clérigos marchó erguido y resuelto, absorto al parecer en profunda devoción religiosa. Parecía estar enteramente entregado a los consuelos que le daban los dos sacerdotes. Un gran gentío seguía la procesión y a lo largo de la calle asomaban caras en todas las puertas y ventanas. Entre las gentes del país parecía reinar gran júbilo por cuanto el terrible Walker ya pronto iba a dejar de existir. En las ruinas de un antiguo cuartel, situado a eso de un cuarto de milla de la ciudad, hizo alto la procesión. Pusieron a Walker en el ángulo de una pared derruida y a la tropa la colocaron en los tres costados de un cuadro, formando la pared el cuarto. Los sacerdotes, después de administrar a Walker los últimos sacramentos de la Iglesia, se apartaron, a la vez que un pelotón de soldados avanzó, disparando a la voz de mando. Un segundo pelotón hizo una descarga

(1) William O. Scroggs, **Filibusters and Financiers**, págs. 390-397.

(2) Esto es lo que refiere Joaquín Miller, el cual supo la historia de las últimas horas de Walker de boca del sacerdote que lo acompañó hasta su muerte. Véase **Sunset Magazine**, XVI, 564. N. del A.

(3) 11 de septiembre de 1860.